

en 1576 con numerosas piezas de buena artillería, consintieran tales reductos, en los que se llegó, como en San Leonardo de Soria—caso único—a trazar ya verdaderos baluartes, cuyo destino no se entiende, si no es como un capricho de sus poseedores, los Manrique de Lara. Los tiempos de las sediciones nobiliarias habían pasado, el Ejército era regular y permanente y ningún particular y hasta ninguna región podían permitirse, según se demostró en Aragón, hacer frente a los poderes reales. Acaso fuera por estas evidentes circunstancias por lo que Felipe II cerrara los ojos ante semejantes incongruencias, que demostraban más bien unas fatuas y orgullosas presunciones, exentas de realidad. Cuando nuestros Tercios asaltaban las plazas de Maastrich, Amiens o Amberes, superdotadas con todos los recursos del arte, ¿qué podían suponer unos Castillos como La Alameda o Chinchón, guarnecidos por unos simples y muy poco seguros servidores?

Con todo, tenemos que considerar a este Castillo como una obra absolutamente eminente, acaso la más valiosa del período de la fortificación que representa. Naturalmente, fiel a esas condiciones de ciudadela, Chinchón padeció las vicisitudes modernas que le eran propias. Ocupado en 1706 por las tropas imperiales del Pretendiente, mandadas por el Marqués de la Mina y por unos generales ingleses, fue saqueado y desmantelado, inutilizando a la artillería que la guarnecía. Ese mismo destino sufrió en 1809, cuando fue incendiado, con la iglesia, por una brigada polaca del Mariscal francés Victor, que se llevó hasta los hierros de las ventanas y puertas. Abandonado después, su recia constitución le permitió llegar a nuestros días, para concedernos la feliz posesión de uno de los más admirables ejemplos, cual decimos, de la fortificación de la transición y una inexplicable muestra de la tolerancia y de la política interior de los primeros Reyes de la dinastía de Austria.

Vemos, pues, que en esta provincia de Madrid, aparentemente desprovista de obras militares antiguas, las *pedras fuertes* abundan, tanto en cantidad como en calidad, con monumentos a veces excepcionales. Nos queda todavía por apreciar los Castillos del lado occidental, que, Dios mediante, serán objeto de nuestros próximos estudios.

FEDERICO BORDEJE

Madrid, octubre de 1954.